

do su lealtad y sus títulos á contarse entre las ilustraciones de su patria.

No se puede demostrar de una manera más evidente la exactitud de la proposición absoluta de que en materia de intervención no hay división ni partidos entre los mexicanos. No podía ser de otro modo: hasta un sentimiento natural, común á todo hombre por su patria, cuando no vieran en su apoyo las lecciones de la historia.

Se asombra uno mucho más del grado de ceguera á que llega una pasión bastarda que perturba el ánimo, cuando se ve que no previeran esto los hombres de Estado franceses. Pues, ¿en qué país del mundo se tiene tanto odio al extranjero como en Francia? Todavía no extingue el que se les tiene á los hijos suyos que lo trajeron á su territorio en 1814: mucho, muchísimo ménos, que lo que ha hecho Almonte, hizo Marmont, que dejó en proverbio las *ragusadas*. ¿Qué frenesí de aplausos no arranca en los teatros cualquiera alusión al extranjero, y qué persona del pueblo en toda la Francia no canta las bellas palabras del dulce Casimiro Delavigne?

«La France a l'horreur du servage,
Et si grand que soit le danger,
Plus grand encore est son courage
Quand il faut chasser l'étranger,» &c.

En España, hablando solo de los tiempos modernos, es claro que le tendría más cuenta un gobierno como el del rey José, hombre popular, de costumbres las más puras y de sincero amor á la nación española, ilustrado, hijo de la revolución y con una constitución hecha por los mismos españoles en Bayona, que el de Fernando VII, absoluto, que entró á devorar á los mismos que lo defendían; pero bastaba que el primero fuese impuesto por soldados extranjeros, que llamaban á los hijos del país *des brigands* (lo mismo que ahora á los mexicanos), y la España se inundó en sangre, y el trono de José se desmoronó allí, como el de su hermano en Francia, y medio millón de franceses dejaron allí sus huesos, sacrificados á la ignorancia obcecada de este principio.

El bien que se dice nos traía la intervención es la monarquía, pero que no estábamos preparados para la libertad, dicen los políticos, y necesitamos ser educados para ella. ¿Cuántos años ó cuántos siglos serán necesarios para que una dinastía reinante crea que ya está su pueblo

bastante educado y tenga la abnegación de educarlo para eso y luego la magnanimidad de devolverle el poder y la libertad para que se gobierne por sí mismo? Si la monarquía, por solo serlo, es un gobierno bueno y estable, imagínese que cualquiera de nuestros presidentes militares era convertido en monarca; no por esta investidura había de cambiar de cualidades personales para hacerlo capaz de labrar la felicidad del país. Si se dice que para que el remedio haga efecto, es necesario que sea un monarca de oficio y con derecho divino, estos son los que han causado la decadencia de varias naciones, contra los que se han pronunciado en algunas de ellas, y los que derrocó un monarca revolucionario al principio de este siglo. Si ha de ser electivo, ahí está ese mismo, creado por las victorias, que á pesar de tanta gloria con que abrumó á su pueblo, que á pesar de que lo hizo tan extenso, tan grande y poderoso, en cuanto le faltó aquella condición, lo abandonaron sus tenientes, y no teniendo raíces, el huracán lo derrumbó, y no fueron los pronunciamientos, sino los otros monarcas, los que lo destruyeron. Para una monarquía, allí tenemos vástagos, como se quieran, de dinastía antigua indígena, ó posterior á la independencia, sin necesidad de ir tan lejos.

La risa que cause esta observación, ó la suposición de que no se hace en serio, es un argumento de que no se cree que la monarquía, por sí sola, da aptitud y todos los requisitos de su estabilidad. Si se dice que para que lleve todos sus sacramentos, había de ser de elección del *libérrimo* voto del pueblo mexicano, y que éste recayera en una casa antigua, que el mundo estuviera acostumbrado á ver reinar, los proyectistas han andado desgraciados, en que durante la segunda expedición de México, haya venido la Grecia á darles la respuesta con el rey Othon, á quien no le faltaba circunstancia: de la casa de Baviera, constitucional, votado por los griegos, y garantido y sostenido por tres potencias de primer orden.

¿Cuándo estarán la España y la Francia, y las naciones más civilizadas de Europa, bastante civilizadas, para pasarse sin tutela y sin necesidad de mantener ejércitos para vivir, haciéndose la guerra las unas á las otras, por intereses de sus tutores, ó para tenerlas ellos en un círculo de fierro? ¿Cuál el monarca constitucional que luego que se ve con la fuerza suficiente, no rompe las trabas de su soberana voluntad? Si alguno se ha mantenido es por

su propia nulidad, y porque la dirección y la fuerza están en sus oligarcas. ¿Qué hizo Fernando VII, que juró la constitución? ¿No llamó á su país fuerzas extranjeras de otra monarquía constitucional, y no entraron cien mil franceses á reponerle en su trono de absolutismo, que luego él regó con la sangre de sus súbditos y no figura también en el museo de Versalles la victoria del Trocadero al lado de la de Ulúa? ¿Qué ha hecho en estos momentos el rey de Prusia, que también juró una constitución? ¿No ha dado á su vez su golpe de Estado, disolviendo las cámaras, porque no le aprobaron su presupuesto para duplicar la fuerza de su ejército, y no andan dispersos ahora y fugitivos por la Europa los que había elegido por representantes del ilustrado, el más que todos ilustrado y simpático pueblo prusiano?

Mi carta no puede ser una disertación de historia; me basta citar los hechos que han pasado en nuestros días, y aun solo los que están pasando en este momento á nuestros ojos y lo que la monarquía está haciendo en mi patria para confirmarme en las convicciones de toda mi vida y para verla con horror. No hay más que una cosa que yo odio con más intensidad, que es, el extranjero en mi patria. Por no verlo en ella y por no perder mi nacionalidad, apelaría á ella si ella fuese un remedio, salvo á trabajar despues por derrocarla; pero le aseguro á vd., que prefiero mi República con todos sus inconvenientes, con sus revoluciones, con sus vaivenes y cuantos defectos se quieran: prefiero la anarquía á la monarquía. No lo tome vd. á arranque del momento, ni á la pueril repetición de una frase, *malo periculisam libertatem*. Estoy muy lejos de ser demagogo, porque odio más el despotismo, cualquiera que sea su disfraz. En la administración actual, como hace treinta años, reinando el partido liberal lo he comprobado con escritos públicos y aun oficiales, dentro y fuera del gobierno; más yo también he sido el primero que ha hablado de República en el imperio de Iturbide, y hemos de estar en que era el hombre de mi adoración; pero me dolía que un hombre tan grande hubiera descendido á ser monarca, y el que reinaba en el corazón de los mexicanos no tenía necesidad de arderse sus manos con un cetro. Existen mis producciones y existen las actas del Congreso convocante de 1823, referentes á ellas; tuve funciones públicas en México, haciendo allí de gobierno el creado por el plan de Tacubaya, las del alimento

de toda sociedad organizada, la administración de la justicia en la primera corte á que tenía el honor de pertenecer despues de veinte años; mas en todas mis actas oficiales (que existen) como en solemnidades públicas, tales como el aniversario de nuestra independencia, expresé al general Zuloaga, rodeado de sus ministros, la necesidad del país de tener régimen civil é instituciones libres; lo mismo hice despues en igual ocasion y de la misma manera pidiendo paz al general Miramon á nombre del primer tribunal y del pueblo todo. Uno de sus ministros me habia destinado á una deportación al castillo de Perote.

Para mí, mi amigo y señor, la libertad, el orden y la justicia son sinónimos, porque no concibo la existencia de ninguna de las tres cosas sin la de las otras dos. El día que los presidentes se persuadan de esta verdad, así como de que su causa está condicionada con ellas para no oprimir á las minorías, ni atropellar al individuo en sus derechos como hombre y en su libertad para pensar las cosas más absurdas, ese día habrá sentádose el verdadero cimiento de gobierno estable. Esta es la escuela de las repúblicas: esta es la misión de México para la Francia. A este término tenemos que venir y á él comenzamos á encaminarnos en la administración del Sr. Comonfort, que un motin militar derrocó, inundando su patria en sangre para ser vencido, y gracias á Dios volvimos al camino.

Así la anarquía, como violenta, es un estado transitorio. Me afirmo en preferirla á la triste condición de encender cirios á los santos para que prolonguen la vida de un tirano, por temor de que lo sea más el que le suceda.

¿Cómo quieren los pretendidos redentores de mi patria, que quiera yo para ella un sistema que hace á hombres, que serian un lumínar en un cuerpo verdaderamente legislativo de sus conciudadanos, emplear el don celestial de la palabra en el artificio y la alteración de la verdad? ¿Cómo quieren otros políticos, que no son más que unos interesados cortesanos, que yo acate con veneración la monarquía, cuando la estoy viendo llevar á lejanas tierras, y á pueblos inocentes que en nada le han ofendido, sino que á ella y á sus súbditos les han prodigado con munificencia los dones de su amistad, llevar, digo, la devastación y el exterminio en venganza de un noble sentimiento que debiera aplaudir y respetar, y va á saciar esa rabia de ven-

ganza con las vidas y las sustancias de su pueblo?

He hablado de mí, por manifestar á vd. el espíritu público de México, porque al expresar mi convencimiento, debe vd. saber que estas son las opiniones de los verdaderos nueve décimos y más de los mexicanos.

Yo iba á proponer al emperador un medio de hacerse dueño de México y de la Inglaterra y con aplauso de todo el mundo: tal sería el mandar á la República, no cuarenta ni cincuenta mil hombres, sino ciento y doscientos mil y más; mas no con fusiles, sino con azadones y demas instrumentos de labranza, y en lugar de generales guerreros ó diplomáticos belicosos, mandar á vd. y á todos los que se ocupan del progreso y de mejoras materiales, con veinte millones de pesos que reembolsaria en el primer año, para cultivar el algodón, de que tendria en algunas partes dos cosechas anuales, más abundantes y de mejor calidad que las de las orillas del Mississippi.

Pero ya no hay que hablar de eso y debo terminar mi carta,

Sin embargo, no puedo hacerlo sin una advertencia importante: y es que no vaya vd. á interpretarla, ó por algunas instrucciones secretas, ó por una inspiracion mia, como un medio todavía tentado de un avenimiento. El gobierno de México ni aun un primer paso ha dado por su parte despues de la ruptura por parte de los franceses de los convenios de la Soledad. Con todo lo que ha ocurrido despues y en el estado á que han llegado las cosas, no crea vd. que en México se abran negociaciones, ni se presten oídos á proposicion ninguna, aunque se tuviera el dogal al cuello, en tanto que un frances con el fusil en el hombro quede en el territorio de la República. Este sería el único medio de derrocar al gobierno del Sr. Juarez y á cien gobiernos que tuvieran semejante flaqueza. Por otra parte sería inútil despues de la paz de Febrero de 1839; despues de la convencion del Sr. Lavasseur, que llevé yo á Paris, y con cuya observancia fiel por parte de México, estuvimos en la mejor armonía (aparente, segun se infiere del dicho del Sr. Billault) despues de la coalicion de Londres, que no tenia un año de firmada por la Francia: despues de los convenios de la Soledad, que no tenian dos meses; ¿no es el caso para el gobierno de México de decir lo que el primer cónsul Napoleon Bonaparte al embajador de Rusia, despues de

la paz de Luneville: "¿Qué son para vd. los tratados de Amiens?"

La proclama del general Forey se contradice á sí misma, y cualquiera cosa que ofreciera ó que pactara, se temeria que fuera otro engaño de los que se usan en la guerra, y por los adelantos quizá de la civilizacion, han pasado á diplomacia moderna. De todo tiempo la astucia de escoger pasiones dominantes se llama táctica, y así se llama el procedimiento de manejar mas pronto el arma, ó para que dispare más tiros en un tiempo dado, ó más ciertos que la de su enemigo, como dice el héroe del poema que citamos ántes, disparada tal vez por alguno que tuvo miedo del fogaño: la ventaja de esconderse para herir por un flanco débil, ó por detras inesperadamente, se llama emboscada: los buques cerrados ó forrados con fierro, en que sin dar la cara los mal llamados combatientes, disparan cañones capaces de echar á pique los del enemigo, se llaman fortalezas flotantes; en fin, todas las invenciones de matar á traicion y á golpe seguro, se llaman estrategia, aunque los adelantos de la *ciencia militar*, dice Lamartine, que no son más que restos de la barbarie; pero, á lo ménos, estas alevosías tenian por principio el anuncio de que se iban á hacer, que se llamaba declaracion de guerra, despues de haber agotado los medios de la discusion y del convencimiento, sin meterse jamás en asuntos interiores de otro país, ni arrogándose la facultad de calificar la conducta de su gobierno, ni si es ó no elegido conforme á las leyes; y en cualquier período de la cuestion, ántes, durante y despues de los hechos de armas, los pactos eran sagrados y se preferia la muerte á faltar á la palabra, y se deshonoraba una nacion, si un oficial ofendia á un enviado del campo enemigo, en medio del combate, solo, desarmado, y fiado solamente al color blanco de un pañuelo que agitara entre las manos; hoy todo eso no ha quedado más que en la historia, ó cuando más para exigirlo de los nécios. Por eso observará vd. que en mi carta no uso de argumentaciones de derecho de gentes, sino que me he limitado á desbaratar las alegaciones que se han hecho. Hace mucho tiempo estoy convencido de que el que no tiene fuerza no tiene derechos; por eso el presidente Juarez ha dicho en sus manifiestos, que ignorando por que se hace la guerra, repelerá la fuerza con la fuerza, y lo que él ha dicho lo ha sostenido la nacion.

En cuanto á mí, léjos de tentar y, de

desear un arreglo, tengo la idea de que la guerra, con todos sus horrores, le conviene á mi patria, así como la civil que acaba de pasar, le ha ahorrado más largo período de turbaciones y de padecimientos. En ella se ha hecho lo que tardariamos muchos años en hacer, lo que despues de siglos no ha hecho la Francia, y está todavía muy léjos de conseguir: hemos acabado con las clases que nos tenian en continuas revoluciones, y hemos libertado el pensamiento. Así la guerra con una potencia extranjera nos acabará de desengañar si hemos ó no hemos de ser una nacion: si se ha de hacer respetar de las demás y si ha de salir de la humillante condicion de recibir lecciones y notas insolentes de noveles diplomáticos, que vienen allí á hacer méritos ó fortuna. La guerra es la ocasion de las grandes acciones, del heroismo, de los grandes talentos, de la abnegacion, del patriotismo, cuando ménos, de que nos conozcamos todos. Yo estoy contentísimo y orgulloso de que mi país, desde los primeros ensayos, ha acreditado ser digno de ser una nacion. Se ha unido todo al grito de guerra exterior, ha probado su valor venciendo con fuerzas inferiores á las que hasta aquí se tenian por invencibles; y en rasgos de generosidad y de civilizacion, ha excedido á su enemigo, por voto de los mismos prisioneros, que despues de cangeados, han ido á contar en su campo, á despecho de las calumnias y á pesar de la prohibicion de sus jefes, el modo con que han sido tratados ellos y sus heridos en el campo mexicano. Un pueblo que así se conduce y que no quiere ser subyugado, no es posible subyugarlo, no digo con los cuarenta ó cincuenta mil hombres que tiene la Francia, pero ni con los ciento ó ciento cincuenta mil con que ha amenazado el general Forey, ni por las tres potencias si hubieran quedado coligadas. México, que sin ellas hizo su independencia, les probará que la puede defender contra todas ellas. Para que el general Forey penetre hasta la capital, tiene que librar en el camino cien batallas, y suponiendo que la victoria no le vuelva á ser infiel, como en Puebla y en Acultzingo, en ellas se debilitará más y tendrá que ir dejando cubiertas sus espaldas. Sin cuidado de eso, y sin pelear como ahora se ha hecho, los norteamericanos entraron á la República en número de cincuenta ó sesenta mil: no llegaron á México más que catorce, y despues de haber gastado más de cien millones de pesos en la campaña de un año. Los claros que la metralla ha-

ga en las filas de los mexicanos, se cubren en un instante; pero los de los franceses, se necesita que vengan los reemplazos de una distancia de dos mil leguas. Siete meses han pasado para que se mande una nueva expedicion despues que fué derrotada la primera. Suponiendo que no se haya menester otra tercera para ocupar la capital, sino que baste la que allí está, y consiga ver el pabellon imperial flamear en sus torres, que parece ser el ensueño y el empeño del Emperador, ¿ya está con eso consumada la obra? ¿Ya se reparó el honor militar? ¿No se le comprometerá de nuevo, cuando ese pabellon tenga que arriarse, por no exponerlo á que lo echen abajo de las torres?

¿Y qué se va á hacer allí? La capital no es la República, y aunque se diga que se destacarán fuerzas á ocupar las principales ciudades, eso es multiplicar las dificultades que se han tenido para México, y trasladar la cuestion á cada una tantas veces cuantas sean las ciudades que se logren ocupar. ¿Y cómo conservarlas? ¿Y cómo comunicarlas? Cuatro y seis ciudades tampoco son la República, que tiene cien mil leguas cuadradas, con un terreno el más accidentado, que ha hecho por esdurar tanto la última guerra civil. No serán los franceses dueños más que del terreno que pisen, atacados é inquietados sin cesar por partidas ó ejércitos que les vengán de puntos de donde no los esperen porque no conocen el terreno: no podrán separarse de sus cuarteles sin ser sacrificados: los guías que tomen sus generales, los extraviarán y los harán caer en desfiladeros, de donde no podrán salir: el mexicano más patriota que tenga un enemigo particular, bastará que sea calumniado de inteligencia con los franceses, ó de prestarles ayuda en cualquier cosa, para ser entregado á la muerte: la mexicana que tuviere la desgracia de comprar una cinta ó un lienzo de que tuviere la mayor necesidad, en la tienda de un francés, quedará deshonorada, ¿qué digo? no habrá una tienda abierta, ni una panadería francesa, más que en los campos y en los lugares ocupados por sus tropas. En los que conserven los mexicanos, sufrirán con ellos los males de la guerra, que resultará hecha al comercio francés, como el absurdo y bárbaro bloqueo de nuestros puertos. De cada peña, de cada monte brotarán enemigos, vengándose cada uno hasta donde alcancen sus medios y su valor, de los que así han ido á turbar su reposo y bienestar, y así, para ocupar algunas ciudades, no se habrá lo-

grado sino inundar en sangre una superficie dos ó tres veces mayor que la de la Francia. ¿Le parece á vd. una empresa digna de esta nacion?

Si á la presencia de estas dificultades y por darle algun fin honesto, ocupada la capital, se cierran los ojos para afectar no ver que la nacion sigue decidida á mantener su gobierno en otra parte, y por aquello de que la Francia no quiere imponer otro á los mexicanos, sino que ellos lo elijan, hacen una convocatoria á la nacion ¿de dónde irán? Si viendo que de ninguna parte se hace caso á su invitacion, repiten la farsa de Córdoba y Orizaba, y convocan una junta de notables, desgraciados de los que se presten á tal llamado. Si algunos, faltos de prevision y sobrecojidos de temor, se prestan, ya sabrán que un dia tendrán que marchar con los invasores en su retirada, dejando detrás cerradas para siempre las puertas de su patria, y llevando el desprecio de ellos mismos, y teniendo para el resto de su miserable vida, el tormento de que sobre ellos descarguen el desgraciado fin de la empresa, por haberles engañado, como despues de Puebla sucedia en el triste camino de vuelta para Orizaba, á Almonte y Saligny.

Escribiendo esta carta viene á mis manos un periódico español, en que se dice que el plan del gobierno imperial es hacer de México una colonia francesa. El que escribió este artículo no conoce á vd., que está hoy en ese gobierno, porque semejante idea no cabria en cabeza humana, cuando no se sabe qué hacer, ni qué provecho sacar de la de Argel, que se tiene allí á la mano. Yo, que no soy más que un particular, y que no estoy iniciado en los misterios de la alta política europea, me atreveria á pensar que despues que se ha frustrado el primer plan, el gobierno imperial está lo mismo que yo, y que sus planes serán los que le sugieran los sucesos, y se avanzará á más, segun que la fortuna de algun encuentro le haga volver á caer en la ilusion de las facilidades. Pero este es el mayor agravio que nos ha podido hacer, y que ha hecho á todas las naciones del mundo: entregar la suerte de toda una nacion al juicio de un soldado. Si los encuentros que ahora tenga la segunda expedicion, tienen, como yo lo espero, el mismo resultado para ella que los que tuvo la primera y se estrella en las puertas de Puebla ó de México, tendrá tambien que volver á dar el espectáculo que aquella, de fortificarse en el país que ha invadido. Si es más feliz, quedará algun más tiempo y

seguirá la lucha. Así la cuestion va larga, y en su duracion, pueden venir á turbar la Polonia ó la Hungría, ó la Italia, ó la Gresia, que repugnando la dinastía bárbara y anexándose al Epiro y la Macedonia, lo cual conviene perfectamente á la Rusia, introducirá la division entre las potencias protectoras, ó la guerra de la Francia con la Inglaterra, ó la que pueden tener con esta potencia los Estados-Unidos por el Canadá, sin contar que la que tienen en su seno, fin ha de tener, y entónces les sobrarán fuerzas de mar y tierra, que no ha tenido ninguna nacion de Europa, cuya intervencion en los negocios de América, no convendrá jamás á ninguna de las dos secciones que ahora contienden; y aun antes de ese suceso, la guerra de México depende de que un dia el gobierno de Washington se despierte con la conciencia de su poder, que es bastante para el Sur y para la Francia juntos. Ya verán por esa misma guerra de México, los Sres. Lincoln y Seward, los embarazos que les acarreará esa funesta política de contemporizacion, en vez de que un cuerpo de observacion de 25 ó 30 mil hombres, y aun de la mitad, en las orillas del Bravo, serviria para tomar á Texas por la retaguardia y para impedir las miras de los invasores en la Sonora, haciendo, sobre todo, públicas y con un valor moral, que siempre se hace respetar, sus grandes miras en lo interior y su honroso programa antifilibustero. México se tiene que salvar, y entónces estrechará más ó menos sus relaciones y abrirá las fuentes de su riqueza más ó menos á los que más ó menos en esta crisis hayan sido sus amigos.

Sí, señor; he indicado estas eventualidades, porque están en la posibilidad del porvenir, y cualquiera de ellas seria la salvacion de México; pero no porque México necesita de ellas para salvarse. Yo sé que los inventores y simpatizadores de la intervencion se rien de lo que se llama opinion y espíritu de un pueblo, contando con que esto nada vale contra las bayonetas; pero sé y he visto que un humilde párroco ha embestido á una monarquía poderosa, enraizada entre las familias, y sostenida con el fanatismo político y religioso, con solo las campanas de su lugar, y que antes de dos meses estaban á las puertas de la capital con cien mil hombres; que no quiso tomarla, por no esponerla á la devastacion de gente indisciplinada, sin calcular que más sangre y más devastaciones habia de causar el renunciar á ese golpe

decisivo; que lo perdió su movimiento retrógrado; que siguió la lucha encarnizada, y que la monarquía triunfó precisamente, porque vió la inutilidad de la política de matanza; que once años despues, un simple coronel, pero tan profundo político como valiente, acometió la misma empresa, con un solo batallon de 700 plazas, contra la monarquía victoriosa, á quien defendian 84,000 hombres, y la campaña quedó terminada en siete meses, y la empresa fué coronada de suceso. Ahora se tiene un gobierno organizado, se tiene tesoro, se tienen ejércitos: ahora no hay el embarazo de las afecciones de familia, ahora no se tiene el enemigo en casa, nos viene de fuera; ahora se tienen soldados aguerridos y generales formados en la campaña, ó ex portos por carrera. ¿Se podrá dudar del éxito, ó será México una excepcion en las reglas de la historia, y en las razones de las probabilidades humanas? Podrán los franceses desde sus primeros encuentros matar á todos nuestros generales? Y si no pueden, ¿irán los que pueden á rendirles sus armas y prestarles homenaje, ó se resignarán á irse á refugiar á los bosques, renunciando á todo esfuerzo, y dejando su nombre en el lugar en que los colocaran los partes presuntuosos de sus enemigos? ¿Y no hay que contar tambien con las notabilidades civiles que he mencionado, y con mil otros mexicanos en todos los Estados, tan ilustres como ellos? ¿Qué hará el virey ó el sátrapa de la colonia con ellos? ¿Se cree que se avendrán á formar sus consejos y sus cuerpos municipales, que es el pago de la bajeza, y que sufrirán hermanos mayores, como en España en tiempo de Felipe V, como los tlaxcaltecas que ayudaron á Cortés, y como nosotros en tiempo de la dominacion de España; ó se les mandará á aumentar la colonizacion de Jersey, de la Guyana ó de la Algeria, á donde ni los franceses quieren emigrar?

Ya vd. vé que nuestra salvacion está librada á los embarazos mismos en que necesariamente se enrede nuestro conquistador.

Por ellos, y por los medios que despliegue la República y por el alerta que su causa ha dado á todo el continente occidental y por la previsora política que ha mostrado la España, estoy mirando un porvenir á la primera rama de la raza latina, que comprobará lo que dije antes y habia dicho hace veinte años en mi país, á saber: que México será el nudo de la inteligencia de todos estos pueblos entre sí, lo que les dará la preponderancia en el glo-

bo, y con la libertad á los de Europa, volverles con usura la civilizacion que de ellos recibimos. La guerra exterior es el sacramento que faltaba á México para su regeneracion. Este pensamiento lo ha de haber vd. visto generalmente presentido por españoles y americanos en el convite al general Prim, sabiamente desarrollado por los representantes de España y del Perú.

¿Cuál será el término de la cuestion? Yo no pretendo ser político, pero vista la actitud de la nacion mexicana, no hay necesidad de serlo muy profundo para no ver más que uno de tres desenlaces: ó un desistimiento liso y llano del Emperador. Este es el que yo creo más conforme á sus primeras intenciones, que no eran más que de hacerle bien á México, de que consejos interesados le hicieron errar el camino; creo tambien que es lo que le haria más honor y más provecho, como ha sucedido con la España, que obtendrá ahora cuanto quiera: ó un rompimiento con la Francia por mientras no venga otro gobierno mejor aconsejado; así como así; sus relaciones con México no son para éste una condicion de vida, en tanto que ellas estén reducidas á lo que han sido hasta aquí; es decir, á que los franceses vienen á México á hacer fortuna, y los mexicanos no van á Francia más que á gastar la suya: ó que se vuelva á formar otra coalicion, en que entren los Estados-Unidos con la Inglaterra y la España, y tambien la Italia y la Prusia, y así se garantice el reconocimiento del derecho de México por la Francia, y la devolucion por ésta de todo lo que ha percibido de las rentas, de que se ha apoderado, y el pago de los costos de la guerra, y de la indemnizacion correspondiente por tantas fortunas arruinadas y tantas familias que va á dejar en la orfandad, y el sometimiento á sus tribunales de aquellos de sus funcionarios que resultan responsables por haber turbado la paz de las naciones, ampliándoles cuantos medios puedan necesitar para probar los informes que dieron, previa fianza de calumnia. Mas estas son cosas de los gobiernos; yo hablo como particular.

El dado está echado; lo demás á la voluntad de Dios.

«Si pues la guerra la miro como un bien y no se busca el arreglo, ¿para qué he escrito esta carta? Para tres objetos, mi amigo y señor: el primero, para hacerle á vd. saber ésto mismo, ahora que es vd. ministro, á cuyo cargo está la direccion de este negocio; el segundo para que el mundo juzgue de los motivos de esta guerra, mejor

informado que por las alegaciones de los ministros anteriores á vd., de los agentes y los escritores del gobierno frances. Vd. comprende que es una circunstancia muy valiosa para la justicia de México, y para prueba de lo que eran sus relaciones con la Francia el testimonio de un ministro suyo, tan justificado y tan mayor de toda excepcion como vd. Así que, por ese carácter, que dignamente vuelve vd. á tener, y por el asunto de que se trata, el cual está *sub judice* ante las naciones, la carta no es de naturaleza secreta. Nada en ella es personal de vd. ni mio, ni en nada he abusado de una confianza. Siendo asunto de mi patria y del gobierno de la Francia, la pongo en conocimiento del de México; vd. hará el uso que le parezca. Es probable que mi gobierno opine no deber dejarla á la curiosidad estéril de las publicaciones póstumas de correspondencias que se tuvieron en las grandes guerras del primer imperio, que acaso habria sido más útil conocer entonces: el tercer objeto ha sido manifestar á vd. mi deseo de salvar en la nuestra su amistad, que no tiene precio. Si el cronismo de los sucesos lo permitiera, habria atribuido á la entrada de vd. la nueva política de la segunda expedicion. Quién sabe todavía si no habrá resultado de las conferencias que se han de haber tenido para que vd. consintiese en volver. El caso es que esa nueva política ha sido acompañada de la circular de vd. sobre los asuntos de Italia, y de su excitacion á la Rusia y á la Inglaterra para el restablecimiento de la paz en estos Estados Unidos.

Como quiera que sea, será para mí una circunstancia plausible saber que vd. conserva por la independencia y prosperidad de mi patria los sentimientos que me daba el gusto de manifestar, aun cuando ya no era ministro. Si me atreviera, diria que lo seria más para mí el ver que no coexistian la continuacion de la guerra, y la de vd. en el gobierno. De lo que estoy seguro es, que vd. será un enemigo caballero, que no insultará en masa á mi nacion, en pago de haberle siempre abierto sus brazos á los hijos de la Francia.

Con estos sentimientos, me repito de vd., señor ministro, su invariable afectísimo amigo y muy atento S. Q. B. S. M.—*J. R. Pacheco.*

Expedicion francesa a México.

FOLLETO POR MR. JULES GRENIER

En seguida traducimos este folleto, que apareció en la *Révue Contemporaine* de Paris, del 15 de Octubre anterior:

Lo que ha sorprendido á la Europa y preocupado la opinion pública en la convencion del 31 de Octubre, no ha sido tanto que se celebrara, sino la extension que toma súbitamente. En efecto, ¿de qué parecia tratarse al principio? De una demanda de reparacion como las que tan frecuente y vanamente se han dirigido ya á las Repúblicas españolas de la América central.

Perdidas nuestras ilusiones sobre los sucesores de Bolívar y de los Morelos, hace tiempo que no nos damos ya la pena de seguir en esos Estados los trastornos políticos, cuya significacion se nos escapa. Las denominaciones de los partidos y las divisas inscritas en las banderas opuestas, nos han engañado tantas veces, que hemos renunciado á adivinar lo que ocultan. Nos atenemos á la definicion general y cómoda, de que no se trata más que «de una guerra civil, eterna y de tiranos sucesivos tras del nombre de libertad.» La accion combinada de las tres potencias parecia, pues, al principio, un medio de llegar por fin á un resultado más general que el de las expediciones parciales á que ántes se habia recurrido y á garantías más eficaces en favor de los europeos contra las violaciones incesantes de las convenciones diplomáticas y de los contratos particulares. Esta vez, la Europa reunida iba á pedir la reparacion de sus agravios. Ciertamente en esto no habia motivo alguno de preocupacion. Pero el aspecto de las cosas ha cambiado cuando se ha visto á las tres potencias manifestar divergencias políticas á pesar de su accion colectiva; cuando se ha visto la ruptura, ó al menos la suspension de la convencion de 31 de Octubre, seguir de cerca á los primeros pasos de la expedicion, á la Francia reasumir todas las cargas de la empresa, y consagrar á ella fuerzas desproporcionadas al objeto inmediato á que se habia parecido querer limitarse. Es evidente hoy que la expedicion mexicana ha entrado en un nuevo período, y que se trata mucho menos de discutir su oportunidad, que de considerar sus resultados probables y posibles. La intervencion de la Francia en

México es un hecho consumado, irrevocable. ¿De qué manera, y en qué sentido debe ser conducida para producir consecuencias felices y duraderas? Hé aquí la cuestion que preocupa á los espíritus políticos y que ahora tratamos de examinar.

I.

La expedicion de México tiene sus causas lejanas y sus causas inmediatas. Las primeras por sí solas dan la clave de los actuales acontecimientos. En efecto, no datan de ayer, ni de la suspension de Julio, las quejas contra México. La Francia, en particular, habria podido, tan bien como en 1862, impulsar la regeneracion de la Nueva España en 1838, cuando la expedicion del almirante Baudin, ó en 1859 cuando la del contra almirante Pénaud. Hay un hecho que domina la situacion, y es el cambio que ha habido hace un año, en las relaciones entre la Europa y la América. La ruptura de la guerra Union americana ha puesto término al *statu quo* mantenido desde 1824 entre los dos continentes.

Desde aquella época, la Europa ha renunciado más ó menos á extender su influencia política y sus posesiones coloniales en el continente americano. La grandeza creciente de los Estados Unidos, daba un apoyo tan formidable á la doctrina de Monroe, que la Europa tenia que permanecer extraña á las querellas americanas, lo mismo que la América permanecia ajena á las disensiones europeas. Pero no bien hubo estallado la guerra civil en los Estados Unidos, cuando la España se apoderó de Santo Domingo, y cuando al mismo tiempo la España, la Francia y la Inglaterra debatian su proyecto de intervencion en México, y los límites dentro de los que debia verificarse. Provisoria ó definitiva, la separacion de los Estados Unidos en dos fracciones hostiles, es un acontecimiento de una importancia universal, incalculable, que no solo ha influido en la actividad comercial de ambos mundos, sino que desde el primer día ha modificado profundamente sus relaciones reciprocas. Sabidas son las circunstancias en que fué formulada la doctrina de Monroe: ella es uno de los numerosos resultados producidos por la rivalidad entre la Francia y la Inglaterra. Cuando en 1822, en el Congreso de Verona, la Francia impulsaba la intervencion en favor de Fernando VII, Conning, que acababa de suceder á Lord

Castlereagh, se declaró en contra de la doctrina de intervencion de la Santa-Alianza. No pudiendo impedir que la Francia, que habia obtenido el consentimiento de las potencias occidentales, obrara contra los revolucionarios de la península, Canning tomó su revancha, concediendo la proteccion británica á las insurgentes colonias españolas. «He llamado á la existencia, dijo en uno de sus más célebres discursos, á un nuevo mundo, y así he restablecido el equilibrio.» Para frustrar todo conato de intervencion del ministerio Villette en América, Canning no temió tender la mano á los Estados Unidos. El 23 de Agosto de 1828, preguntó al ministro americano, si su gobierno consentiria en marchar de acuerdo con la Inglaterra, y en hacer una declaracion contra la inmixion de toda potencia europea hostil á la independencia de las colonias españolas. Esta iniciativa fué trasmitida á Monroe, entonces presidente de los Estados Unidos, y aconsejado de Jefferson no vaciló en acogerla. A consecuencia de esta proposicion de la Inglaterra, Monroe en su mensaje de 4 de Diciembre de 1823, hizo la famosa declaracion á que ha quedado unido su nombre, y que se encuentra concebida en estos términos:

«Es un homenaje que debemos á la verdad y á nuestro deseo de continuar nuestras relaciones amistosas con las potencias aliadas, declarar que consideramos como peligrosa á nuestro reposo y á nuestra seguridad, toda tentativa que ellas hicieran para extender su sistema á una parte cualquiera de este continente. Nos hemos abstenido de intervenir en las colonias ó dependencias reales de los diferentes Estados europeos, y la misma conducta observaremos en el porvenir; y en lo que respecta á Estados que han proclamado y hecho prevalecer su independencia, que hemos reconocido despues de madura consideracion y conforme á principios de justicia, no podríamos considerar, sino como una manifestacion de sentimientos hostiles á los Estados Unidos, toda intervencion que tuviera por objeto oprimirlos, ó influir de cualquiera manera que fuese en sus destinos. Durante la lucha que ha tenido lugar entre estos nuevos gobiernos y la España, nos hemos declarado neutrales; en el mismo momento en que nos reconociamos, hemos observado la neutralidad, y en ella persistiremos con tal que no se verifique ningun cambio, que en la opinion de los poderes que consti-